

LA  
PRIMITIVA POESIA CRISTIANA



*J. Alejandro Lopez*



QUITO  
—  
IMPRESA DEL CLERO  
—  
1893



# LA PRIMITIVA POESIA CRISTIANA

(REPAROS Á JECÉ)

El escritor guayaquileño que oculta su nombre bajo este seudónimo, había escrito en 1888 un estudio sobre poesía religiosa con ocasión de haber publicado por entonces el Sr. Arcediano de la Metropolitana Dr. D. Federico González Suárez un cuaderno de versos; mas sucedió que guardando su trabajo por razones que ignoramos, no lo ha dado á luz sino poco tiempo há en un diario porteño. Conviene decir que su estudio no apareció firmado; en esta vez el anónimo velaba aún al seudónimo, cosa que da buena idea de la modestia de Jecé; empero, no contaba él con la oficiosidad de sus amigos y le sucedió lo que al ilustre poeta y Obispo mejicano Sr. Montedoca, insigne traductor de Teócrito, de quien descubrieron sus amigos el verdadero nombre, oculto hasta entonces bajo el de Ipanandro Acaico que le pluguiera tomar en los Arcades de Roma.

A una amistosa indiscreción debe, pues, Jecé haber sido conocido como autor de ese estudio sobre poesía religiosa. Y de no saberlo lo hubiéramos sen-

tido. ¿Quién de entre nosotros se ocupa de éstas ó de parecidas investigaciones literarias? El caso era tan raro que bien merecía averiguarse por el inteligente autor de un trabajo en el que mal se oculta el interés por que nuestra juventud se ocupe en este género de estudios, que no en los estériles y apasionados en que de ordinario emplea sus facultades no escasas de vigor.

Puede que el escrito de Jecé adolezca de no pocos defectos sustanciales—eso vamos á verlo—puede que su crítica no ande siempre bien gobernada; puede que tenga extrañas afirmaciones; pero, ínsistimos en creer que su *intención literaria* es bonísima, que sus errores provienen de preocupaciones, de ideas adquiridas desde muy temprano en no sana lectura, y que él jamás rehusa la discusión cortés é hidalga ni la confesión de que en el campo de sus adversarios hay cosas muy dignas de respeto.

Sobre todo, en el ánimo de Jecé impera como señor absoluto—y esto basta para hacérselo simpático—el deseo vehemente de que sus compatriotas cultiven la ciencia, amen los estudios; quisiera él verlos á todos ilustrados y hasta sabios.

Y viniendo á su obra, toma el libro del Sr. Arce-diano y habla de la índole y tendencias de la poesía religiosa en general como resultado de todos los cultos, para ocuparse en seguida de la poesía cristiana en particular, y de su desenvolvimiento desde su origen en los primeros siglos del cristianismo. No recuerda para nada que ésta tuvo por progenitora á la poderosa literatura hebrea, y da por sentado en la primera parte de su discurso que el espíritu cristiano era antagónico á la poesía, y que no recogió ni mantuvo las clásicas tradiciones de la literatura pagana tan acabada en su forma.

Ya Paul Albert, para no citar sino á uno de los críticos más modernos, echó fajos y mandobles contra la literatura cristiana de los primeros siglos, abundando en las mismas ideas de Jecé, de que su espíritu desdén la forma, mira sólo al cielo, olvidándose de la tierra, á la que considera como la región de la bajeza y de la corrupción; espiritualiza los afectos dando de mano aun al amor de familia.

Acusación injusta si las hay.

Roma, llegada en el siglo de Augusto á la cumbre de la grandeza material é intelectual, había conseguido depurar tanto su lenguaje y perfeccionar la forma de su poesía esencialmente imitativa, que no podía pedírsele más en este punto. Distinto era el fondo mismo de ésta; ¿á quién no se le irroga injuria, suponiéndole que ignora las torpezas que eran objeto de la literatura pagana?

Cantores todos los poetas clásicos del amor grosero, y de las más bajas y repugnantes pasiones, hicieron de la poesía vil incentivo de placer; nada convenía más al libertinaje de costumbres de los romanos; así se explica que Cátulo, Propercio, Tibulo, Ovidio, Lucrecio, hubiesen podido dar á luz tantas obscenidades en elegantes dísticos, repetidos y aplaudidos en las termas, en los palacios y en los templos, por los degenerados hijos del Lacio. El espíritu pagano mirando en la belleza terrena su último ideal, tenía que apurarla.

Merchán, crítico de la escuela de Jecé, es de parecer que aun á las traducciones de los clásicos antiguos, hay que destinarles estante aparte en las bibliotecas, y ése defendido con muy buena cerradura porque no pequeña parte de ellas pertenecen á la literatura pornográfica. No sabemos sino de Virgilio que se hubiese respetado, relativamente hablando, por lo que obtuvo después el aprecio aún de los primeros fieles.

Prescindiendo, pues de la forma, de la que luego nos ocuparemos, ¿cómo era posible que la poesía pagana se encarnara en el espíritu cristiano que aprecia la belleza de las cosas materiales sólo como rezagos ó destellos de la belleza inmaterial é increada? La poesía considerada en abstracto, es claro que es única, pero su desenvolvimiento, sus transformaciones, obedecen á las transformaciones de la humanidad. Si fué muelle y carnal en el paganismo, no podía seguir siéndolo en el cristianismo. El profundo movimiento social que se efectuaba en el mundo en su tránsito del uno al otro, tenía que afectar necesariamente al modo de expresar sus sentimientos.

El espíritu humano llegó bajo las inspiraciones del paganismo á la mayor altura que le era dable alcanzar; pero como sea condición esencial suya tender con incesante actividad á la perfección, encontró que

ya no le bastaban los insustanciales aunque elegantes ideales de la época de Augusto; había menester de algo más bello que no estuviera reñido con la verdad, de sentimientos más consonantes con la innata generosidad del corazón, mal avenido con sentirse arrastrado en el vil polvo de la tierra. Todo lo iba á encontrar en el cristianismo. Este no trataba de repeler la poesía, porque él mismo era poesía, ni era posible que se ensañase en una obra absurda, cual hubiera sido la de querer quitar del corazón de los pueblos ó de los individuos parte de su propia existencia. Rechazaba sí el espíritu pagano al que venía á reemplazar destruyéndolo, porque hacerlo era su misión providencial para salvar á la humanidad, puesta al borde del abismo. Los primeros cristianos que formaban algo más que un pueblo, porque eran una colectividad extendida ya en comunión íntima por todos los pueblos, no podían continuar la tradición clásica.

Pondérese cuanto se quiera la perfección de ésta, pero es evidente que dado el movimiento de conversión por obra del cristianismo, no debía ella quedar en pie. Se arruinaba el imperio, venía á tierra el inmenso poderío de Roma, sostenido tanto tiempo había por la sola fuerza; ¿qué rostro iba á presentar esa poesía delante del empuje de nuevas razas, jóvenes y vigorosas, que pedían doctrinas nuevas completamente ajenas de las antiguas caracterizadas por la molicie? El Genio de Roma, destruido el Capitolio, tenía que apagar su antorcha para ceder su puesto al Angel de la redención y de las esperanzas inmortales; los dioses se iban, la estatua de Júpiter Capitolino iba á ser fundida de nuevo para servir á la estatua de Pedro.

\* \* \*

Carece de exactitud la afirmación de que morían zapadas las ciencias y las letras, porque se les hacía responsables de los males sociales y de los errores políticos. Nó; los discípulos del Evangelio no hicieron á las letras responsables de los monstruosos atentados del paganismo; lo hicieron al politeísmo, á la degradación moral de Roma. No fueron enemigos del imperio, porque sabían que su doctrina tenía la energía bastante para triunfar sin la ruina de éste. Si defen-

der públicamente su fe era intolerancia, fueron intolerantes, porque lo es esencialmente la verdad, pues sólo el escepticismo patrocina todo error y los cristianos no eran escépticos. Antes bien, amaban á Roma y la servían con su sangre en los campos de batalla, con su talento en los puestos públicos, con su dinero en las contribuciones. De comprender ella lo que tenía derecho de esperar de esos esforzados creyentes, hubiera retardado mucho su ruina; atacó á los cristianos, y sin saberlo, como el héroe de la fábula, se hirió en su propio flanco. Los cristianos no eran conspiradores; Tertuliano pudo, pues, con mucho desenfado, preguntar á los emperadores, cuándo se los había visto conspirar. El espectáculo de la legión tebana, que con las armas en la mano, el árdimiento en el pecho, dobló con todo el cuello á la muerte antes que rebelarse contra sus jefes, es admirable ejemplo de cómo entendían el amor de su fe y del Estado. Queriendo ellos regenerarlo, pretendían transformarlo, que no destruirlo; ahora, si eso era hacedero en una sociedad como la romana, en donde todo conspiraba á arruinarla, dígalo quien sepa. Al árbol viejo y carcomido, en vano se le apuntala para sostenerlo; nadie culpe al jardinero que recoge sus restos y pone en su lugar el renuevo joven y rico de savia.

Los mismos paganos dejaron que se degradaran y cayeran lastimosamente las letras. “La literatura de la espléndida época de Augusto, dice Cantú, no retrocedió gradualmente, sino que cayó de golpe. Cuando él murió, ya no resonaba más que la voz plañidera de Ovidio, al cual la negligente abundancia, la minuciosidad, las contorsiones de la lengua, y los juegos de palabras, alejan tanto de Horacio, Virgilio y Tibullo cuanto está Eurípides de Sofocles.” Así, según observación del mismo autor, los poetas se limitaron á adular, único recurso que les quedara: Estacio adula á Domiciano, Valerio Máximo y Velejo Patérculo se inclinan ante las virtudes de Tiberio; Juvenal y los dos Plinios adulan, Materno adula, todos adulan.

Esto en cuanto al fondo; en cuanto á la forma, la métrica en lugar de enriquecerse empobreció. Llegaron, andando el tiempo, á contentarse con los metros más populares, como los exámetros y pentámetros, endecasílabos y trimetros yámbicos, y de los demás

no se hizo caudal ó se los olvidó del todo. Como suele acontecer en épocas de decadencia, tocó volverse populares á algunos metros despreciados de los antiguos, como los dimetros yámbicos. La delicada adaptación métrica que no sin dificultad había hecho Horacio de la lengua griega á la latina se perdió del todo.

Generalmente á una época de esplendor literario sigue otra de decadencia. Las obras del genio, no pudiendo multiplicarse por su naturaleza excepcional, arrastran una turba de imitadores que á falta de altas concepciones martirizan la palabra ó torturan las ideas con forzadas combinaciones, supliendo con la sonoridad y el énfasis de la frase lo que falta al fondo mismo del pensamiento. Comprueba este aserto la historia de la humanidad. A Homero siguen los rhapsodas, al siglo XVI en España la escuela de Góngora; al de Luis XVI en Francia *les beaux esprits*; al de Augusto no podía faltarle pues la de los retóricos.

Y ley providencial para la marcha de la inteligencia, son las vicisitudes que los conocimientos y las letras sufren al andar de los siglos. El que observe las dimensiones de las piedras levantadas á pasmosa altura en la construcción de las Pirámides de Egipto, no puede asegurar que la mecánica es en días de vivos, superior á la de ahora cuatro mil años; el que admire las primorosas obras de orfebrería y filigrana halladas en los sepulcros de Nínive ó de Menfis, mal puede figurar que el dibujo, la perfección artística, sean actualmente mejores que en aquellos tiempos; ¿la robustez de Homero ha sido superada? ¿quién ha hablado como Job de la perpetua contradicción que se abriga en el corazón del hombre? ¿quién ha tenido más lirismo que David ó Isaías?

Era imposible que se conservara el clasicismo romano; iba á efectuarse la más profunda revolución que registra la historia y consecuencia suya, sería también una revolución moral en los dominios del pensamiento. Nada podía impedir que el mundo cayera en manos de los bárbaros, salidos de las estepas del Norte; sólo al cristianismo le iba á tocar en suerte el poder de impedir la repetición de semejante caso para en todo tiempo, según la frase de Villemain: "con él podrá ser posible cualquiera desgracia, menos la de que vuelva el mundo á la barbarie."

\* \* \*

El que se ocupa de crítica literaria no debe olvidar que la diferencia de ideas ó de creencias no ha de ser parte para hacerle falsear su criterio. Depping, Brockhaus, Grimm, y otros críticos alemanes se han ocupado de la poesía castellana—incluido el género religioso—pero esto no les ha dado motivo de juzgar con pasión: Jecé dice que los primeros cristianos debieron considerar la poesía no tan sólo mero pasatiempo sino como profano y condenable pasatiempo.

El arte, es claro, no venía á ser el objeto primordial del nuevo culto, que antes que del bien hablar venía á ocuparse del bien vivir; pero recuérdese que las nuevas doctrinas no intentaban ganar prosélitos tan sólo en las clases sociales humildes, sino que tenían que avistarse con retóricos y filósofos, ante los cuales no podían mostrarse con su primitiva sencillez. No debía ser grosera la forma en que se ostentara la doctrina evangélica. Origen de la literatura cristiana son los Evangelios, y el de San Lucas tiene grande corrección y método. San Lucas es el poeta de alma “argentina, de sonido puro y claro” como dice de él aún Mr. Renan. La manera de escribir del discípulo amado es patética y suave; hay elevación asombrosa en el Apocalipsis y sublime sencillez en la narración de los Hechos de los Apóstoles. Y hablando con el debido respeto, se encuentra en este último rasgos de corte oriental como el episodio de Pablo y de Bernabé, tomados como dioses que visitaban la tierra en figura adoptada.

Cree Jecé que porque el cristianismo mira de preferencia al cielo desdeña en absoluto las cosas de la tierra, cuando precisamente el Evangelio nos enseña á emplear rectamente los medios naturales de la presente vida que nos han de conducir á nuestro fin sobrenatural. De los mandamientos, la mayor parte, se ocupa del provecho material de los hombres. ¿Cómo habían de ser insensibles los fieles de los primeros siglos á la poesía de la fe, á las nuevas verdades empapadas en sentimientos para ellos antes no conocidos?

Muéstranle éstos su noble origen y su posibilidad de llegar hasta Dios por el amor; en la tierra su obra, en el firmamento las maravillas esparcidas por su mano.

No rechazan los suaves afectos de familia sino que los consagran; toman el amor y le quitan lo que de grosero pueda tener; ponen muy alta la caridad y la fraternidad fuente de riquísimos sentimientos y enaltecen la esperanza amable virtud desconocida de los antiguos. Protegen el pudor impidiendo que manos airadas le arranquen su incontaminado velo, y dignifican á la mujer elevándola de su condición de esclava á la de compañera é inspiradora del hombre. Premian el ejercicio de las apacibles virtudes domésticas, que hacen del hogar seguro refugio del corazón en las tempestades de la vida. Crean el sacerdocio y le dan el dulce ministerio de consolar los males, de poner tranquilidad en las conciencias, de entender en los asuntos más minuciosos para rectificarlos y enderezarlos al bien. Pueblan la tierra de ángeles bellísimos y en su amorosa solicitud no olvidan al esclavo y por boca de Pablo, refiriéndose á Onésimo dicen al mundo: "mira á éste como á mis propias entrañas, á este mi hijo engendrado para el espíritu entre cadenas."

"Para la poesía, dice Castelar, el cristianismo es el nacimiento de aquel amor purísimo no tocado por el lodo de la tierra; amor tan casto como el pensamiento, esencia inmortal de nuestra alma; amor que no cabe en el tiempo ni en el espacio, y que se dilata en la eternidad como el ensueño místico del Petrarca, como el culto espiritual del Dante á su Beatriz. El cristianismo señala el nacimiento de un ideal divino, que el artista no podrá encerrar en las formas; ideal que hará rebosar la inspiración en la mente del poeta, que inundará de una luz vivísima las tablas y los lienzos, que levantará en las alturas, tan etéreas como una oración, la calada cúpula de las catedrales góticas. El espíritu humano, engrandecido, renovado por esta gran revolución que llegará hasta el fondo de su ser, hasta la raíz de su vida, se transfigurará para realizar bajo un nuevo ideal las eternas leyes de la historia."

¿Acaso eran los mártires unos fanáticos que buscasen la muerte á todo trance, como quien dice á manera de provocación? Al contrario, se afligían de la tormentosa existencia que llevaban; muéstranlo claramente las siguientes palabras de un epitafio del tiempo de los Antoninos:

O TEMPORA INFAUSTA QUIBUS INTER SACRA ET VOTANE IN CAVERNIS QUIDEM SALVARI POSUMUS, ¿QUID MISERIOUS VITA? SED QUID MISERIUS IN MORTE CUM AB AMICIS ET PARENTIBUS SEPELLIRI NEQUEANT?

No puede darse más dolorida queja de parte de la notable porción de la sociedad romana oprimida y acosada hasta en las entrañas de la tierra. Y, cómo se ve en esta queja un sentimiento tan ingenuo, tan humano en ese *amicis et parentibus*, en ese *ne quidem salvari posumus!*

Aun más; ¿quíérese ver cómo no se rechazaba el encanto de la poesía? Escribiendo Sedulío á Macedonio le dice: “Hay personas que cuando leen alguna obra de retórica elocuente no retienen gran cosa porque no se interesan en ella; al contrario, si ven algún escrito embellecido por el encanto de los versos, lo aprenden con tanto entusiasmo que repitiéndolo á la continua en la memoria, se apropian de él y lo conservan. No creo que se deba condenar esa tendencia; antes, pienso que es preciso tomar muy en cuenta semejante disposición de su naturaleza y de sus aficiones á fin de ganar á cada uno para Dios según la índole de su espíritu. Poco importa el sendero que conduce á cada cual á la fe, siempre que entrado en el camino de la libertad no vuelva á caer en los lazos de la servidumbre que antes le retenían.”

El Nuevo Testamento obra del siglo primero es un venero de riquísima poesía, escrito *humanamente hablando* por personajes destituídos de educación literaria especial, siendo de notarse que si el arte se descuidaba entonces, era porque se atribuía á la inspiración una importancia absoluta, idea que se modificó después, cuando afirmándose el cristianismo exhalaban los primeros fieles ya los sentimientos de admiración causada por las nuevas doctrinas que les mostraban en el Universo la obra de un Dios omnipotente, ya los de amor viéndose unidos en estrecha lazada por el vínculo de una fraternidad no anunciada hasta entonces, ya los de fortaleza y magnanimidad ante las persecuciones que habían de sobrevenirles como á novadores peligrosos; y todo ello sin excluir el arte ni la robustez de la expresión de los que tan buenos antecedentes tenían en sus tradiciones literarias semíticas.

Personajes eminentes del clero fueron los cultivadores de la poesía: Comodiano fué obispo, Clemente de Alejandría obispo, Juvencio sacerdote, Hilario y Ambrosio obispos, Gregorio Nacianceno obispo, Jerónimo sacerdote, Prudencio sacerdote, Paulino obispo.

De paso digamos por qué no los llamamos con su título de santos. En estos tiempos hay contra los personajes elevados al culto de los altares una muy marcada preocupación cuanto á sus méritos intelectuales. Conocemos personajes de relativa ilustración incapaces de creer que San Jerónimo haya sido el insigne literato de su tiempo, el filólogo profundo, nutrido con la más exquisita miel de la literarura clásica, sino un buen ermitaño ocupado constantemente en golpear el pecho con un canto rodado. Pocos se figurarán que Poncio Meropio Paulino educado por Ausonio, ilustre senador y escritor de claro renombre, sea el San Paulino de Nola, patrón de las campanas.

Los cristianos necesitaban ante todo de una *himnografía* sagrada; San Pablo la había recomendado en las siguientes palabras dirigiéndose á los de Efeso: *Implemini Spiritu sancto loquentes vobismetipsis in psalmis et hymnis et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino.* Y otra vez á los Colocenses casi en los mismos términos. Obsérvese que no recomienda tan sólo los salmos sino himnos y cánticos, palabras que evidentemente no son sinónimas de aquella. Lo comprueba el *Codex* alejandrino del siglo V en el que hay catorce cánticos de este género á continuación de los salmos de David, ó sea del más antiguo salterio cristiano que se conoce. De la costumbre del canto en comunidad hay huellas desde el promedio del siglo I; cítase en comprobación á los fieles de Bitinia que ya en el siglo II se atraían la admiración de Plinio el joven. "Reúnense, dice, á la aurora para cantar en común un canto á Cristo como á su Dios," y que á no dudarlo fué parecido al primero de los de Prudencio ó sea al "*ad galli cantum* y se entonaba en coros alternos "*invicem*".

\*\*\*

Parece excusado decir que durante el primero siglo se tenía poca cuenta con el arte en el cultivo de las

letras; mas distinta cosa pasa desde el principio del siglo II durante el III, y con mayor razón en el IV, en el cual Prudencio, dando gran importancia á la inspiración, da también mucho valor á la forma. Aun la misma poesía pagana del siglo II yace poco menos que envuelta en la oscuridad por la falta de documentos sobre los poetas contemporáneos de Adriano. Y que los hubo no puede revocarse á duda, pues los gramáticos del tiempo de Diocleciano citaban trozos enteros tomados como ejemplos de las obras de Septimio Sereno, autor lírico, comparado por San Jerónimo á David.

En Oriente, en especial, la religión cristiana comenzó á ser estudiada desde el siglo II por inteligencias elevadas y cultas, lo cual dio lugar por resultado, no una literatura anónima fruto de imaginaciones delirantes y extraviadas como el *Pastor de Hermas*, las *Clementinas* ó los *Evangelios apócrifos*, sino obras dictadas por mentes familiarizadas con las letras antiguas.

El primer monumento de la poesía cristiana, propiamente dicho, es según la opinión de críticos como Mr. Havet y Mr. Christ, el himno que termina el *Pedagogo* de Clemente de Alejandria, y parece cosa averiguada que si no es obra suya, por lo menos es de su tiempo. A juicio de ellos, este himno que posee imágenes muy vivas y muy líricas, se esfuerza en mostrar la peculiar audacia del estilo poético de Oriente, adoptado por los cristianos griegos para adunar con los antiguos metros los recientes sentimientos religiosos. El poeta, sea quien fuere, empleó en su himno un ritmo *anapéstico* de los más populares y singular por su viveza y energía. Parecido á éste es el usado en el cántico que San Metodio dejó en la conclusión de su *Banquete de las vírgenes*.

Una dificultad surgía por este tiempo: sabían los cristianos cuán rica y copiosa poesía encerraban los libros sagrados de los hebreos, en los cuales podían encontrar desde el idilio hasta el poema; el continuo manejo de estos libros debía influir poderosamente en el rumbo que habían de tomar en la manera de expresar sus afectos; mas la poesía hebrea tenía por fundamento reglas cuantitativas de todo en todo diversas de las empleadas en la prosodia griega y latina.

Todos saben, en efecto, que el artificio de la forma hebraica se funda en el paralelismo, al que alguna vez se añadía al acróstico y cierta asonancia y rima como en los *Trenos* de Jeremías. Algunos de entre los orientales pretendieron, no obstante, hacer una transposición servil de la poesía hebrea con formas nuevas; así uno de los dos Apolinarios tradujo los salmos en exámetros, y por vez primera se vieron expresados los robustos pensamientos de David en el metro armonioso del viejo Homero. Otros de entre los latinos creyeron encontrar en la misma prosodia hebrea ciertos metros clásicos, y San Jerónimo fué hasta hallar en la Biblia estrofas sáficas y aleaicos análogos á los de Horacio, consecuente con lo que antes de él dijieran Flavio Josefo y Filón sobre el mismo asunto, y que hizo decir más tarde:

*Metrica vis sacris non est incognita libris,*

*Psalterium lyrice composuere pedes.*

Esto facilitaba un paso decisivo para las letras clásicas, cuyo vigor iba á desmayar por la profunda transformación de la lengua latina con los barbarismos, neologismos y confusión resultantes de su mezcla con las lenguas de los invasores; cada día se hacía más difícil la vuelta al antiguo esplendor, y la prosodia ya no se aprendería sino entre los letrados. Era necesaria una innovación en punto á la métrica. Comodiano realiza semejante cambio y sienta las bases de la moderna versificación, posponiendo la cantidad de las sílabas al número de las mismas. Este poeta cristiano ha sido evidentemente uno de los más desconocidos hasta que las modernas investigaciones de Leimbach, del sabio cardenal Pitra, de Hilgenfeld y Ludwig han dado mucha luz sobre su empresa.

Sustituir la rima, el acento, á la cantidad, era obra atrevida en el siglo III, siquiera fuera explicable por la decadencia de la lengua que haría quejarse á los galos Pacato y Macrobio de no poder hablar ya la lengua del Lacio con toda corrección. Símaco, el intratable defensor del *mos majorum*, no se ve libre de incurrir en neologismos, y hasta Claudiano no los evita pudiéndolo, Claudiano hijo del Oriente, que se pre-

ciaba de cultivar con todo esmero la dicción clásica de Lucano y Estacio, cual si entre él y aquellos poetas no hubiera mediado Sulpicio Apolinario, gran innovador en materia de gusto por entonces.

Comodiano escribiendo en la forma más a'laptable á la inteligencia del pueblo y á la pronunciación de entonces demuestra que aun las clases más humildes de entre los cristianos no renunciaban á la poesía ni la consideraban condenable pasatiempo. Y Comodiano no es un ignorante; se ha familiarizado con Virgilio, Cicerón y Terencio antes de su conversión á la que se ha decidido por la lectura de la Ley: *abstuli me tandem inde legendo de lege*. Sus *Instructiones* y el *Carmen apologeticum*, recientemente descubierto, hacen decir á Mr. Boissier: "La primera manifestación de la poesía cristiana es de una audacia extrema".

Mas Comodiano no tuvo imitadores inmediatos, porque venido el siglo IV, se opera en él una especie de reacción de la forma clásica, debida precisamente al genio cristiano.

\* \* \*

Empero, antes de pasar adelante, conviene recordar otra fuente de generosa poesía de los primeros cristianos, de la que hace el debido aprecio la crítica moderna. Queremos hablar de las *Actas de los mártires*, monumentos de la fe y del heroísmo, escritos en el lleno de la persecución, en la hora del peligro, junto á los cadáveres aun palpitantes de las víctimas, y conservados en las iglesias como legados propicios para mantener el sagrado fuego del amor en el pecho de los esforzados confesores de Cristo. Las investigaciones de Ruinart, completadas por las recientes de Rossi y de Le Blant, nos muestran en ellas aparte del interés histórico, el literario, el estilo noble y enternecedor de los primeros fieles. No pocas se han perdido por la violencia de las persecuciones, y más que todo por el interés especial que se tenía en destruir los archivos, como pasó en 303 por orden de Diocleciano.

Decir que en esas actas hay poesía no es decir ninguna novedad. ¡Cuán sentida es, por ejemplo,

esa carta que los fieles de las iglesias de Viena y de Lyon escriben á sus hermanos de Asia, con quienes tenían vínculo de *esperanza, de gracia y de gloria*, como ellos dicen antes de emprender sin énfasis ni venganza, la relación de los suplicios á que se los condenaba! Describe con inimitable candor y delicadeza de lenguaje la mansedumbre cristiana, lo acendrado del suplicio, lo dramático de la escena y el sublime esfuerzo que todo lo domina é informa. Allí se declara ese *Christianus sum* que iba á remplazar para siempre al *Civis romanus sum*, como afirmación del derecho nuevo pronunciada solemnemente y sellada con sangre inocente ante la faz de los tiranos. Ese *Christianus sum* que según las palabras de un célebre orador moderno “resumía su nombre, condición y patria espiritual, por tal manera que si su voz no llegaba hasta el foro para despertar los ecos de la antigua tribuna, subía más alta, resonaba más lejos, porque Roma la nueva, la ciudad futura de las naciones regeneradas, recogía ya sus acentos, no para vengar su memoria, sino para venerarla y bendecirla, elevándoles en el culto de todos los siglos un trofeo de reconocimiento y de amor”.

Más importante que este antiquísimo documento de las Galias, é igualmente escrito en el siglo II, es el que contiene las Actas de Vivia Perpetua, noble joven de Tuburbium, ciudad cercana á Cartago, y redactadas en parte por ella misma, y en parte por Saturio, compañero suyo de martirio. De esta pieza literaria calificada como muy poética, y cuya autenticidad no es dudosa para nadie, hizo un estudio especial Mgr. Freppel en su *Curso de elocuencia sagrada*, dictado en la Sorbona. Reconoce en ella el ilustre escritor, la expresión de los más bellos sentimientos de la naturaleza, puestos ante el sacrificio que demanda la fe, y recordando á Corneille en su *Polieucto* que lucha entre el amor conyugal y un deber de conciencia, da la superioridad poética á Perpetua, combatida en su fe por los más dulces afectos que puedan ocupar el corazón humano, á saber la piedad filial y el amor de madre. No resistimos á transcribir el juicio de tan eminente literato cuando recuerda la escena en que Perpetua, después de haber visto con indecible angustia maltratar á su pobre y anciano padre, es con-

denada á las fieras, y ya en la prisión pide que le traigan su pequeñuelo para lactarlo y no consigue que se lo entreguen. “Dudo, dice, que el arte dramático con todo su poder de invención, llegue á crear una situación más conmovedora, ni representar bajo forma más expresiva, el combate del sentimiento con el deber . . . . Aquí está la belleza suprema de este drama.

Mientras la naturaleza conserva todos sus derechos, la fe no olvida ninguno de sus deberes. El corazón de Perpetua se despedaza viendo las canas de su padre que viene á implorarla con lágrimas. Una cosa le aflige ante todo: sólo el anciano, entre toda la familia, preso aún en tinieblas, no se alegrará del martirio de su hija. Quiere consolarle por las razones motivadas en la religión, y esa demostración de amor filial hará valer hasta en el tribunal del juez . . . . Así es como el cristianismo, conservando á los afectos humanos toda su fuerza y energía, los subordina al amor de Dios para ennoblecerlos, transformándolos por el sacrificio.

“No es pues de admirar que la literatura profana no pueda presentar nada que iguale á la grandeza de semejante escena. A la verdad, la piedad filial jamás ha dejado de estar en el corazón del hombre, en el que lo ha trazado Dios con caracteres de fuego. Cuánta complacencia tengo leyendo en Eurípides la despedida de Polixena de su anciana madre antes de ir á la muerte. Pero, precisamente, en la comparación de las ficciones del genio antiguo con las realidades de la vida cristiana, se ve resplandecer la superioridad divina del Evangelio. Para consolar á Hécuba, la joven troyana, nada encuentra más oportuno que exhortarla á resignarse á poder de la necesidad: sus enemigos son más fuertes, es preciso doblegarse á la fuerza. En cuanto á ella, hija de reyes y destinada á desposarse con un monarca, prefiere morir antes que caer en esclavitud. Hé aquí el tema desarrollado por ella con un tinte de tristeza que llega al alma; hay nobleza en esa altiva dignidad de una víctima inocente que prefiere el suplicio antes que aceptar lo que mira como un oprobio. Pero se siente la influencia de las doctrinas fatalistas de la antigüedad en esa fría resignación que se doblega al peso de la desgracia, sin que nada le cleve á un principio superior”.

La conclusión de estas *Actas* tiene rasgos de delicadeza encantadora. Refiere la vergüenza de la heroica joven puesta á la vista de millares de espectadores. “En medio de los furiosos embates de un animal feroz, reanuda sus cabellos esparcidos; no convenía, dice Saturio, que una mártir padeciese con el cabello suelto y se creyese que se afligía de su gloria”. Después de haber sido arrojada al aire por la fiera, recoge prontamente su traje despedazado, más preocupada del pudor que del dolor; *pudoris potius memor quam doloris*. “La crítica literaria no ha elogiado jamás lo suficiente la gracia exquisita con que Eurípides pinta á Polixena, cuidadosa de caer con decencia en el momento de recibir el golpe fatal; y desde luego, no hay en la literatura pagana rasgo más hermoso que éste. Lo que era una ficción en el poeta griego, es una realidad en esta escena. . . . Aparte de lo que estos detalles tienen de edificante para la fe, todo esto es de una poesía de lenguaje difícil de exceder”.

Pasemos en alto las *Exhortaciones al martirio*, piezas empapadas en lirismo, la epístola de los Esmirniotas, la carta de San Ignacio admirada por Rénan; las notables actas de Taraco, de Fructuoso y de Pion, recordando que aun cuando algunos críticos de la devoción de Jecé, han dicho que el cristianismo maleaba estas composiciones, inclinándolas demasiado del lado del misticismo y de lo sobrenatural, hay no obstante en ellas, como hemos visto, mucho espacio para los afectos humanos, aun para la enunciación de la belleza artísticamente considerada, por mucho que los primeros cristianos fuesen tan sobrios en sus relaciones.

Mr. Allard en su ensayo titulado; “Polieucto en la poesía y en la historia”, insiste en hacer notar cómo las *Actas* abundan en pormenores humanos, patéticos y característicos, y ve en ellos el germen de los admirables dramas que en el siglo XVII vieron la luz como resultado del numen de Lope y de Calderón, de Rotrou y de Corneille.

Para el caso de que Jecé nos observara que las *Actas*, por su corto número, no corresponden á la magnitud de los acontecimientos que referían ni á su multiplicidad, y añadiera que el genio cristiano pudo con ocasión del heroísmo de los mártires darnos mejores monumentos literarios, le diremos desde aho-

ra, que el profundo respeto que les obligaba á no tolerar ningún exceso de imaginación en la narración evangélica, les hacía igualmente ser en extremo mirados con todo lo que á los mártires se refería. Por un sentimiento delicadísimo, preferían sufrir en silencio, no fuera que con referir sus padecimientos exhalasen quejas indignas de su valor. Aun el arte mismo que conmemoraba esos hechos era simbólico. Salvo unas pocas excepciones, las primeras inscripciones de las catacumbas, se reducían á meras figuras alegóricas.

\* \* \*

En un moderno escritor colombiano muy apreciable, hemos visto apuntadas juiciosamente las bases sobre que debe estribar todo poema épico para que un grande asunto pueda ser objeto de éste: la nacionalidad, la humanidad y la religión. Si falta una de tales habrá cualquiera cosa no un poema. Inútil de citar las grandes epopeyas; todas ellas celebran altos hechos de gloria patria, inspirados por ideales religiosos y que compendian, por así decirlo, el pensamiento de la humanidad. A veces, como pasa en el poema del Dante, el sentimiento de la humanidad absorbe al de la nacionalidad; no son entonces Aquiles, Eneas, Tancredo ó Vasco de Gama, los glorificados por la robusta entonación épica, lo es el *hombre especie*. Y débese al cristianismo la mayor energía posible para éste género literario. “La religión, dice Broeckaert; citado por el mismo escritor, ofrece al poeta épico los asuntos más sublimes é interesantes. Nada hay comparable á los dogmas cristianos, á los grandes hechos que se relacionan con la caída ó la rehabilitación del hombre, con el heroísmo de los apóstoles y de los mártires, y con otros tantos puntos propios de la verdadera religión”.

Los primeros cristianos lo comprendieron bastante, aun cuando les faltaba el tan necesario sentimiento de la nacionalidad para escribir un poema propiamente tal, aparte de que todo les desfavorecía en su condición de entonces, en tratándose de escribir poemas. Nos toca hacer constar que no había por su parte desestima de este género poético. Vamos á verlo.

En el siglo IV, volvemos á decir, las letras tuvie-

ron una reacción debida á las postrimerías del combate librado entre los dos cultos. Claudiano y Símaco, son los dos paladines que en un supremo esfuerzo hacen por reavivar de entre las cenizas un fuego medio apagado. Escribe el primero de ellos un poema invocando los buenos tiempos de la vieja Roma, sus dioses, sus triunfos, su poderío, como medio de atacar rudamente á los cristianos. Saltan éstos á la palestra, y es de ver á controversistas como Lactancio, expresándose en la más pura y eiceroniana latinidad, á Ambrosio contra Símaco, y posteriormente á Prudencio contra el mismo Símaco. Entraba ya el nuevo culto en su época victoriosa. "Cuando se dió la paz á la Iglesia, y fué ordenado, el canto por los cuidados de Dámaso, de Ambrosio y de Gregorio, dice Cantú; esta nueva poesía lírica extendió sus alas cada vez á mayor altura. Algunos himnos que aún se cantan en la Iglesia, figuran al lado de las odas más bellas de los clásicos, no por la elegante pureza de la lengua, sino por la profundidad del sentimiento y por su vigor poético".

Fuertemente excitada la imaginación de los cristianos en el poema bíblico, sus ensayos en el género épico debían necesariamente ser reminiscencias de la Escritura. Los dos primeros poemas son los de Sodomía y Jonás, de autor desconocido, poemas de factura clásica y no desprovistos de valor poético á juicio de Muller. Posterior á éstos es el poema de los *Comentarios sobre el Génesis*, de Mario Víctor; contiene bellezas reales y algunas libertades de pura imaginación, por lo que mereció la censura de Genadio, muy justificada por otra parte en esos tiempos en que era tan severo el miramiento por la integridad del dogma y de la tradición. Draconcio escribe sus *Carmina minora*; el obispo Avito un poema original, y el español Juvencio su *Historia evangélica*, versificada clásicamente, y de la que aun el prólogo tenía verdadero valor literario.

Estamos pues en la época en que Jesús concede que el cristianismo empezó á tener poetas; pero por singular contradicción no nos cita uno solo de los que pudo aducir como ejemplos, y sí á Nonnos, cuya *Paráfrasis* mienta como obra inanimada y fría, dándole al decir, como poeta de ningún mérito. Empero á Non-

nos se le ha calificado como poeta animado y afluente, aun cuando el arte entraba por mucho en la factura de sus versos. Si hay poca animación en su *Paráfrasis*, no es porque no la hubiera podido dar á su obra, sino que habiéndose convertido del paganismo y recordando sus catorce libros de *Dionisiacos*,—trabajo demasiado personal para su tiempo y por ende no poco libre—quiso hacer en su *Paráfrasis* una obra de penitencia, si vale decirlo. Mal puede ser citado como muestra de la poesía oriental ese poema descuidado, no obstante de que á Nonnos se atribuye una métrica ingeniosa y un estilo elegante y puro, decorado con todas las galas de una lengua tan castigada y flexible como la griega.

El *Carmen paschale* de Sedulio, poema basado en la narración evangélica, es calificado como más original y libre que el de Nonnos.

Conque, dejando aparte la famosa cuestión de saber si la poesía épica es resultado de una naturaleza ya civilizada ó tan sólo de una incipiente pero viril, pero enérgica aunque inculta, es menester asentir que aquella no se adorna con lo acabado de la forma, sino en sociedades organizadas definitivamente y capaces de avalorar el aticismo del lenguaje, los delicados matices de la frase, los primores musicales del metro. Los primeros cristianos, en situación desfavorable para este género de poesía no lo descuidaron, no lo despreciaron. En sus ensayos se dejan ver ya los gérmenes del admirable poema medioeval. Porque el genio de Roma decaía, no se perdía la inspiración. En la perpetua renovación de las cosas y de las ideas, estaba garantido el culto de la belleza; poco importa que el incensario con que se lo tributa varíe de forma, si el perfume es siempre el mismo.

Y ahora responda Jecé si sufre ser preguntado por qué cita como tipo de la poesía religiosa del cristianismo ya victorioso la tragedia *Cristo padeciendo* de San Gregorio, fría y grotesca imitación de las tragedias clásicas según su decir? Sumo despego del espíritu cristiano nos parece traer á cuentas una obra del género dramático como muestra de una época incipiente y mal avenida con las representaciones licenciosas del paganismo, fuera de que ni San Gregorio, ni los Apolinarios que también escribieron imitacio-

nes de Menandro y de Eurípides tenían en la Biblia ejemplares de ese género á no ser que se considerase como uno de tales el Libro de los Cantares.

El cristianismo no rechaza el drama; ahí está para atestiguarlo toda la Edad Media; pero conviene no olvidar que el drama cristiano como se ha observado hasta en los *Autos sacramentales* de los primeros siglos modernos ha sido un desenvolvimiento de la liturgia, y esta en tiempo de la tragedia *Cristo padeciendo* estaba indudablemente en formación. Que se haya acordado de Gregorio Nazianceno para decir de él que es autor de una obra deplorable y sin añadir una palabra más, es cosa que no le perdonamos, porque él sabe, á no dudarlo, que aquel es un gran poeta, nada menos que el creador de un nuevo género de poesía desconocido de los antiguos, la meditación religiosa, la elegía cristiana impregnada de dulce melancolía. Y sabiéndolo no nos ha citado, por ejemplo, el décimo cuarto de sus poemas, composición la más acabada entre cuantas escribió. Véase cómo un sabio crítico francés de nuestros días habla de Gregorio Nazianceno que tan infeliz poeta aparece en la cita de Jecé. "Gregorio es un verdadero poeta. Sus sentimientos se derraman, desbordan, y con sobra de motivo exclama: Dejaré escapar mis palabras fuera de mi alma como la onda empujada por un viento tempestuoso. La poesía es el consuelo soberano de esta alma, el mejor remedio que haya encontrado para sus males; he aquí la razón por qué canta, pues de cuantas da para excusarse de que escribe, se vé muy bien que ésta es la principal. Escribir le es tan espontáneo como correr al agua ó quemar al fuego. Todo hace vibrar á esta alma móvil; la muerte de Cesario, la pérdida de su fortuna, el destierro á Sasimo, el recuerdo de la iglesia de Anastasio, la rivalidad de Máximo, las enfermedades y por sobre todo esto lo más apropiado para formar un poeta, su melancolía; mas no tanta que le absorba ó aniquile, sino tal que se suavice derramándose por fuera hasta que la serenidad venga á templar sus lágrimas. Así; sabe muy bien el interés que comportan sus poemas, sus conmovedoras confesiones á las que él mismo llama con frecuencia *Trenos* ó *Lamentaciones*; sabe que hay quienes tendrán tanto go-

zo en participar de sus sufrimientos como él tiene en referirlos; á ellos se dirige de preferencia". . . .

El solo entre los poetas cristianos no es inferior á los paganos en la perfección de la forma; es verdadero artista y si por ello iguala por lo menos á los poetas profanos de su tiempo, es no pocas veces superior aún á los de la magna época en la profundidad del sentimiento. El cristianismo quitaba á los poetas muchos de sus recursos cerrándoles el olimpo de la mitología, pero les abría el infinito cielo del alma. Aquí es donde una poesía nueva podía hacer maravillosos descubrimientos, aquí sentó el pié la inspiración de Gregorio. Debió pues al cristianismo este sentimiento original de lo patético que es preciso admirar en él; debióle por así decirlo la entrada privilegiada al tabernáculo, al *sanctuarium* del corazón.

A esta misma época refiere Jecé, una de sus lamentaciones que conviene no dejar pasar desapercibida. Deplora que Bizancio se hubiese separado de Roma sin lo cual la suerte de las letras, la del cristianismo y de la civilización, dice hubiera sido muy distinta de la de hoy. Flaco parece el supuesto y muy aventurado, ya que no se ha servido dar la razón de su aserto fuera de que nunca ni en los mejores tiempos de Roma, hubo verdadera cohesión ó unidad política entre el Oriente y el Occidente, por ser tan semejantes sus costumbres, civilización, lenguaje y puntos sustanciales de religión. ¿Cómo en semejantes condiciones podía subsistir la unidad del imperio romano? Repugna la aglomeración de nacionalidades diversas en una por la sola imposición de la fuerza, ni se suprimen del globo como de un mapa las fronteras geográficas puestas por la naturaleza, ni se funden lenguas y creencias por el imperio de un poder absorbente, aún cuando éste cuente con legiones y encarnado se llame César ó Napoleón. La moderna crítica histórica reconoce que la división en dos monarquías del inmenso imperio fundado por los romanos, fué aconsejada por la prudencia y por la consideración de la poca analogía existente entre las ideas, culto y costumbres de los asiáticos y las de los pueblos de Europa.

No vemos por dónde la falta de unidad del imperio

perjudicó á las letras y al cristianismo cuando aquella circunstancia favoreció precisamente á éste para no fijarnos sino en él por de pronto. De seguir el Oriente las inspiraciones de Roma, los dogmas cristianos no se hubieran extendido tan pronto como se extendieron á favor de la afición de los orientales por la discusión, por las investigaciones filosóficas y por el examen de toda teoría nueva, lo cual les dió ocasión de examinar y aprovechar las nuevas creencias que entonces como hoy, no temían la investigación razonada y antes sí se ostentaban por calles y plazas seguras de su fuerza porque la arrancaban de la verdad.

De muy distinta manera pasaban las cosas en Roma en donde por primera diligencia se acusaba al cristianismo de doctrina coonestadora y encubridora de los mayores crímenes; á los que la profesaban de odiadores del género humano, dándoles de merecedores de atroces castigos sin entrar siquiera en el examen de sus doctrinas. Mártires hubo en Oriente como en Occidente; mas la persecución fué en ellos de opuesta índole. Mientras allá se discute, acá sólo se les opondrá la acusación de *epula thyostea* y de *promiscuum concubitus* y hasta el lenguaje de la defensa es diverso en Oriente del de Occidente. “Respondiendo Orígenes á Celso y refutando San Cirilo á Juliano, dice Beugnot, no emplean el mismo lenguaje ni usan los mismos argumentos de que se sirven Tertuliano para hacer la apología de sus hermanos ante los paganos de Africa, y San Ambrosio para rebatir las lamentaciones de Símaco.”



Huídos los sátiros, las dríadas, las napeas, y las ondinas era necesario que alguien los reemplazase; vinieron pues los ángeles de hermoso rostro, vestidos de cándida luz. A los antiguos afectos tan restringidos en sus aspiraciones, la nueva religión les señalaba horizontes vastísimos, miras más profundas; á las banalidades del amor antiguo tan pagado de la materia, hacía suceder los ardientes pero castísimos impulsos del amor espiritual, la meditación serena que hace subir al hombre hasta Dios; las letras iban á ser favorecidas con esa entonación lírica imposible de existir para el amor carnal.

El plectro sagrado del viejo Israel había dado armonías eminentemente líricas, el cristianismo su heredero recogería la herencia sagrada. La ley mosaica había señalado el doble sacrificio del día *unum mane et alterum vespere*; los primeros cristianos conservaron piadosamente, según hemos dicho, la prescripción del Apóstol sobre el canto de los himnos; San Agustín decía pues: *de hymnis et psalmis canendis ipsius Domini et apostolorum habemus et exempla et praecepta*. Una de las Constituciones apostólicas prescribía: *Convenite in Ecclesiam singulis diebus mane et vespere ad canendos psalmos*, concordando en el mismo sentimiento San Clemente de Alejandría, San Basilio, Orígenes y San Juan Crisóstomo.

¡Qué modelo tenían los cristianos en los salmos! Estos, aun considerados sólo bajo el punto de vista literario, son lo más elevado y poético que jamás se haya dicho en lenguaje humano. “Los salmos, dice Mgr. Freppel, no son tan sólo una oración, sino también uno de los más hermosos poemas que haya expresado lenguaje de hombres. Su plan providencial se desarrolla grandioso y deslumbrador, ya celebre el salmista las maravillas de la antigua alianza, ya salude desde lejos el gran acontecimiento de la venida del Mesías, los triunfos de la fe en el mundo visible, el de la caridad en el mundo invisible, el cielo: historia y doctrina, moral y piedad, todo cuanto ilumina y alimenta al alma se encuentra en esos sublimes versículos”.

La himnografía cristiana tenía que empaparse en tales afectos, y considérese cuánto de grandioso les prestarían asuntos tan elevados como las maravillosas conquistas del apostolado, el heroísmo de los mártires, la hermosura de la virginidad, la grandeza del sacerdocio, la bella y vasta naturaleza reflejo de la belleza increada, el mundo, templo inmenso del Dios vivo animado con su presencia, el cielo mansión de inenarrable felicidad, de eterna dicha y de perpetuo loor... ¿Por qué, ni cómo había de mendigar el cristianismo sus himnos al paganismo para introducirlo en su liturgia como afirma Jecé?

San Gregorio Nazianceno y Sinesio son, pues, entre los Griegos, los primeros que con nuevos metros crean los himnos populares bajo los títulos de *Cánticos de*

la tarde, y de *Echortación á una virgen*, origen de la himnografía bizantina. Mas tardos los latinos encuentran en Hilario quien les saque airoso en la composición de himnos litúrgicos. Sucesor de este grande é infatigable Padre de la Iglesia es en este punto otro personaje igualmente insigne, San Ambrosio. No hay que olvidar que todos los himnos de entonces tienen una intención didáctica; los tiempos eran de lucha contra las herejías y era menester que el pueblo aprendiese y conservase en forma poética las verdades más combatidas de su fe. Cuatro de entre los himnos ambrosianos son reconocidos como de indisputable autenticidad á saber el "*Æterne rerum conditor*", "*Deus creatur omnium*", "*Jam surgit hora tertia*" y "*Veni Redemptor gentium*". De dos de ellos nos ha dado el Sr. Arce de la Metropolitana hermosas traducciones castellanas "en lenguaje corriente; sin arcaísmos y que conservan el colorido de la época y el carácter del autor en cuanto á la sencillez del estilo y al movimiento rítmico" al decir del mismo Jecé; todos cuatro decimos son notables por su intención y sentimiento.

Una circunstancia muy especial se ha hecho notar en la composición de estos himnos; San Ambrosio era ciertamente persona muy capaz de dar más alta entonación á sus estrofas; ¿por qué no se las dió? Oigamos á un sabio literato moderno: "Estos cánticos tan sencillos son conmovedores y tiernos por la carencia misma de todo ornato; pertenecen á la tradición de la primitiva literatura cristiana; algo hay en ellos del modo característico del Nuevo Testamento, y se conoce allí el lenguaje popular que se debe hablar á las almas sencillas. Quien escribe así no pretende dar toda su fuerza de expresión al pensamiento emitido; deja algo como un vacío del cual se apodera el sentimiento de aquellos á quienes se dirige. Trátase tan sólo de despertar á éste para dejarle que anime á su sabor el tema que se le ha propuesto. No se lo debe desalentar presentándole de pronto una expresión tan bella, tan acabada que le haga imposible saborearla apoderarse de ella en toda su amplitud. No quiere eso aquella turba que siente más de lo que puede expresar. Si le prestáis una voz, no sea mayor de la que necesita, de lo contrario de nada le ser-

viria”.

Acerca del himno *Æterne rerum conditor* y de su traducción, vierte Jecé algunos conceptos que nos parece deben ser rectificadas. Dice por ejemplo: “éste es uno de los más bellos himnos litúrgicos, mas esa belleza no es prestada por el sentimiento religioso sino que la tiene en sí”. Ciertamente, no acertamos á entender cómo una composición inspirada por el sentimiento religioso sea bella con prescindencia del sentimiento que la ha dictado. Porque, una de dos: ó este himno se aparta del sentimiento religioso y es tal que pueda ser cantado; por ejemplo, en un banquete, ó todos sus conceptos están enderezados á elevar el alma á Dios. No puede decirse lo primero: este himno que la Iglesia recita en varias dominicas en Laudes, fué destinado para las pécés de la mañana por aquel precepto de *hymnis continuet dies*, como sucesión del canto nocturno *nec nox ulla vacet quin Dominum canat*. Fué éste el *Carmen ante lucanum*; de aquí el simbolismo empleado en él, bien así como Prudencio, que posteriormente compuso bajo el título de *Catemerinon* una serie de cánticos cotidianos, entre los cuales los hay *ad gallicinium*; se vale de igual símbolo de la vigilancia. En el *ante somnium* tiene estrofas descriptivas y hasta narrativas sin que ello afecte á su visible intención religiosa. Convengamos, pues, en que el himno *Æterne rerum conditor* tiene no sólo sentimiento religioso, sino aun místico. San Ambrosio siempre se mostró amigo de cierta exegesis alegórica y comparativa entre la naturaleza y el orden moral ó espiritual; buena prueba de ello son sus tratados dogmáticos. En el cántico citado vemos comparaciones del amanecer con el despertar del alma á la gracia: *Hoc excitatus lucifer*; de la noche y del pecado: *surgamus ergo strenue*; una apóstrofe á Jesús: *Jesu, labantes respice*; una reminiscencia histórica del Evangelio: *Hoc, ipsa petra Ecclesiae*. ¿Es ó no bello el himno por el sentimiento religioso?

\* \* \*

De caso pensado nos abstenemos de calificar los motivos que ha tenido el Sr. Dr. González Suárez para traducir el himno *Æterne rerum conditor* en los

términos que ha empleado; respetamos grandemente el derecho de tan ilustrado literato para dar las explicaciones que á bien tenga, caso de que quiera parar mientes en las observaciones de Jecé en punto á esa traducción; mas, así y todo, á nadie que observe con mediano entendimiento el texto latino del himno se le ocultará cuán oportuna es la versión de *mundo por rerum* en quien como el Sr. Arcediano no cree en buena filosofía en la eternidad de la materia. Ni habrá á este modo quien piense con Jecé que el *erronum cohors* de San Ambrosio se refiere á todo error, cuando no se refiere sino á seres concretos y bien determinados, pues el poeta empleando la metáfora de que la luz del día disipa las sombras de la noche y ahuyenta á los malhechores que andan vagando á favor de la oscuridad, mal pudo hablar de *caterva de errores*, como quiere Jecé, y sí de *caterva impia* como acertadamente se ha traducido, por más que le huelga al observador á *polémica religiosa*.

Con igual comparación dijo Prudencio después:

Fur ante lucem squalido  
Impune peccat tempore:  
Sed lux dolis contraria  
Latere furtum non sinit.

Y, ¿qué decir de la antipoética, dura y vulgar frase *dar tiempo al tiempo* que el escritor guayaquileño desearía ver en lugar de “con el cambio de los tiempos”?

Pero vengamos ya al gran Prudencio “poeta lírico el más inspirado que vió el mundo latino después de Horacio y antes de Dante”, según Villemain; autor de “maravillosos himnos en que celebró el triunfo de los confesores y de mártires á la manera que Píndaro había celebrado á los triunfadores en el estadio y en la cuadriga... autor de un poema rico de altas y soberanas bellezas de pensamiento y de expresión”, como dice Menéndez Pelayo.

Y ténganos en cuenta Jecé que, para muestra de que en la misma cátedra de San Pedro ya se asentaba augusto el amor á las letras, apenas le citamos á Dámaso, el primero en la larga lista de Papas arqueólogos y poetas que se habían de suceder hasta el actual León XIII, como protectores oficiales de la

bella literatura. Tampoco recordamos sino de pasada al santo Obispo Paulino autor del poema didáctico *Carmen contra paganos*, y de las *Natalitia*; poeta de quien se ha dicho que vale sobre todo por el sentimiento, y que es uno de aquellos genios por extremo solitarios y personales, que en todos los siglos conservarán el mismo carácter y bajo cierta apariencia superficial grande originalidad en el fondo.

Prudencio venido al mundo en 348, publicó sus obras sólo á la edad de 57 años, cuando como él dice “había llegado la hora de los pensamientos más graves, de las melancólicas reflexiones en que el hombre examina su alma y se pregunta lo que de útil ha hecho en el decurso de la vida”. La de este antiguo magistrado y por entonces sacerdote era la práctica del ascetismo. Entonces se sintió poderosamente atraído á recoger ó componer sus obras de poesía cristiana que ciertamente había cultivado con éxito notable; *vir saeculari litteratura eruditus*, según Genadio. Da el mismo la lista de sus poemas en el prefacio de sus obras: Los *Catamerion* ó sea colección de himnos litúrgicos, la *Apoteosis* y la *Hamartingenia*, poemas teológicos, los dos libros apologéticos contra Símaco, los *Peristefanon*, poemas líricos sobre los mártires, la *Psicomaquia* y talvez otros dos mentados por Genadio, el *Ditocheon* y el *Hexameron*.

Muchos versos de estas obras muestran que Prudencio se había familiarizado con los clásicos, según observa Bayle. Véanse los siguientes:

- Christe, graves hominum semper miserate labores  
(Psicom, 1).  
Phoebe, graves hominum semper miserate labores  
(Virgil, Eneid. VI., 56),  
Quam suffere queant spumantia cymbia lacte  
(Hamart., 472).  
Inferimus tepidos spumantia cymbia lacte  
(Eneid., III., 66).  
Liquidis ille coloribus sollers.  
(Horac. lib. IV, od. 8),  
Haec sunt quae liquidis expressa coloribus hospes  
(Perist. X, 93).  
....genua incerare deorum  
[Juven. sat. 10.]  
....genua incerare Dianae  
(Hamart. 457),

Doce himnos generalmente de á ciento ó doscientos versos componen el *Catemerinon*. El primero de ellos *ad gallicinium* es por el estilo del de San Ambrosio, aunque mucho más extenso. Cuánta viveza tiene en él las dos siguientes estrofas:

Tectos tenebris horridis  
Stratisque opertos segnibus,  
Shadet quietem linquere  
Jam jamque venturo die.

Ut cum coruscis flatibus  
Aurora coelum sparserit,  
Omnes labore exercitos  
Confirmet ad spem luminis.

En el himno *ante cibum*, hay las delicadísimas imágenes siguientes:

Hic mihi nulla rosae spolia  
Nullus aromate fragrat odor:  
Sed liquor influit ambrosius,  
Nectareamque fidem redolet,  
Fusus ab usque Patris gremio.

Sperne, Camena, laeves hederas,  
Cingere tempora queis solita es,  
Sertaque mystica dactylico  
Texere docta liga strophio,  
Laude Dei redimita comas.

Y en el cántico *post prandium*, la manera como entendía la poesía sagrada:

Nil est dulcius ac magis saporum  
Nil quod plus hominem juvare possit,  
Quam vatis pia praecinentis orsa.

En el género descriptivo rivaliza Prudencio con los clásicos paganos por el brillo y colorido. ¿Qué supera á la siguiente de los jardines del Paraíso, enunciada en elegantes asclepiádeos?

Hic et gracili balsama surculo  
Desudata fluunt, raraque cinnama  
Spirant, et folium, fonte quod abdito  
Raclambens fluvius portat in exitum,

Felices animae prata per herbida  
Concentu parali suave sonantibus  
Hymnorum modulis dulce canunt melos  
Calcant et pedibus lilia candidis.

En el *ad exsequias defuncti*, que si no estamos mal informados sirve de himno litúrgico aún á los protestantes, es de ver la ternura del creyente que espera en la inmortalidad y enjuga las lágrimas de las madres.

Jam moesta quiesce querela:  
Lacrymas suspendite, matres:  
Nullus sua pignora plangat, etc.

Mejor que en la estrofa *Te pater optime, mane novo—Solis et orbita cum media est*, no lo dijo Lamartine en parecidos términos en *L' hymne de l' enfantan á son réveil*:

Et pour obtenir chaque don  
Que chaque jour tu fais éclore  
A midi, le soir, á l' aurore  
Que faut il? Prononcer ton nom.

\*\*\*

Empero, en donde Prudencio dió pasos de gigante fué en su *Peristefanon*, colección de poemas épico-líricos en honra de los mártires, españoles por la mayor parte. Allí en el himno á los *Santos Inocentes* las bellísimas estrofas nunca debidamente alabadas:

Salvete flores Martyrum  
Quos lucis ipso in limine  
Christi insecutor sustulit,  
Ceu turbo nascentes rosas:

Vos prima Christi victima  
Grex iunolatorum tener,  
Aram ante ejus simplices  
Palma et coronis luditis.

Allí la deslumbradora descripción de Inés, virgen romana, en su apoteosis;

Exutus inde spiritus omicat  
Liberque in aura exilit: Angeli  
Sepsere euntem tramite candido  
Miratur orbem sub pedibus situm,  
Spectat tenebras arduas subditas,  
Ridetque solis quod rota circuit,  
Quod inmundus omnis volvitur et implicat  
Rerum quod atro turbine vivitur  
Quod vana seculi mobilitas rapit.

También la tiernísima invitación á los adolescentes y á las doncellas para que cubran con flores el sepulcro de Eulalia;

Ista comantibus e foliis  
Munera, virgo puerque, date;  
Ast ego sarta choro in medio  
Texta feram pedem dactylico,  
Vilia, marcida, festa tamen!

En este género de trabajos en que la autoridad de los maestros vale tanto, no resistimos á transcribir el siguiente juicio sobre Prudencio, emitido por Ebert, sabio alemán de nuestros días y cuyo trabajo sobre el gran lírico cristiano se considera como uno de los más acabados, inferior talvez sólo al modernísimo de Mr. Puech, aun cuando en aquel no entrara ese estudio sino como *prolegómenos* de su *Historia general de la literatura de la Edad Media*.

“Prudencio, dice, es en Occidente el poeta más fecundo de su tiempo, así por el número de sus versos como por la originalidad de sus producciones. Da en su *Catemerinon* al himno ambrosiano el carácter de la oda cristiana, sacándola del dominio puramente litúrgico para hacerle resultado de la estética y del arte; algo perdía su himno bajo el punto de vista de la popularidad y del canto, sin duda alguna; pero le volvía una obra artística de un género especial é independiente. En su *Peristefanon*, creó en parte poesías epico-líricas que muestran un género artístico no conocido por la antigüedad y de consiguiente, novísimo, que se reproducirá en la poesía popular de la Edad Media y que vive todavía en la poesía artística moderna. Allí es donde Prudencio se ostenta, sobre todo, como poeta original . . . . .

“En sus obras vemos aparecer una poesía absolutamente cristiana, no tan sólo en las ideas que refleja, mas aún en la interpretación y empleo de los fenómenos sensibles como símbolos del pensamiento, asimismo en la expresión más espontánea y rica del alma. Y esta obra cristiana descansa en una base nacional y romana, como lo hemos hecho ya notar hablando de los Apologistas. Prudencio, no obstante su cristianismo, es un patriota romano y conserva siempre un sentimiento muy vivo por la grandeza de la inmortal Roma á la que el cristianismo no debía sino rejuvenecer..... Su *Hamartigenia* en que los pensamientos más abstractos se revisten de formas poéticas, nos recuerdan la obra clásica de Lucrecio..... Algunos hermosos trozos, en particular en los libros contra Símaco, en que la elocuencia está tan en su lugar, recuerdan la pujanza oratoria de un Cicerón, de un Tito Livio, de un Virgilio. Y cito á Virgilio porque la poesía latina y especialmente la epopeya, la de Virgilio ó la de Lucano, la epopeya mística ó la epopeya histórica, son en parte obra de la elocuencia..... En esta poesía cristiana se mantiene el genio clásico en general por la fuerza de la demostración concreta y de la pintura plástica”.

\* \* \*

Para prueba de que Jecé se equivoca cuando dice: “los cristianos se envanecían de su falta de ilustración y despreciaban las letras” nos hubiera bastado con lo dicho. ¿Le recordaremos que, después de Prudencio y en víspera ya de las invasiones de los bárbaros, toda ilustración no iba *desapareciendo para ceder el campo al espíritu cristiano?* Sí mencionaremos los *tres Poemas de controversia* de autores desconocidos; sí á Mario Victor amante de Virgilio, á Sulpicio Severo elegantísimo escritor, á Orosio, Paulino de Milán y Casiano.

Y en los momentos del cataclismo, cuando los Vándalos y los Getas se han lanzado sobre las Galias la voz de un sacerdote se alza para hablar de la Providencia á los míseros vencidos en un extenso poema del mismo nombre. No importa que el poeta ande

vagabundo por entre los despojos de los Godos, y que haya contemplado á los Pastores de la Iglesia errantes por los campos, junto con sus desvalidas ovejas al frente de las ciudades incendiadas:

“Cum sacer ille senex plebem ustā pulsus ab urbe  
Ceu pastor laceras duceret exul oves”:

El poeta cristiano ve en todo lo acontecido la justicia de Dios, que castiga á los imperios para purificarlos; alienta con frases de esperanza á sus hermanos afligidos, porque Dios es bueno y sus obras perfectas.

“Est igitur Deus, et bonus est, et quidquid ab illo  
Effectum est, culpa penitus vacat atque querela”.

Hemos mentado las invasiones de los bárbaros, tremendo acontecimiento que imprimió distinto rumbo á la marcha de la humanidad. Roma había cumplido su destino; y por esa perpetua ley de la renovación de los imperios y de las cosas, era llegada la hora de la fusión de todos los pueblos para que de allí surgieran las nuevas nacionalidades de Occidente. No hay para qué decir que la literatura iba á sufrir imponderablemente con el formidable cataclismo; las letras paganas se extinguirían y hasta las cristianas habrían de llevar grave menoscabo.

Peró Jecé no quiere ver nada de esto como causa desfavorable para las letras latinas y sí tan sólo el antagonismo del *espíritu cristiano*, hasta el punto de llegar á decir: “El paganismo al que las circunstancias pasajeras de la época y el ardor de la lucha hacían el representante de la ciencia y de las letras moría, zapa-da esa ciencia que le servía de base y derruidas esas letras que eran la clave”. De manera que según Jecé; Roma caía, porque la ciencia y las letras desaparecían y no al contrario . . . . .

Quién había socavado el cimiento de Roma la grande, la poderosa había sido el paganismo durante siglos.

¿Cómo así?

La caída del imperio no fué tanto obra de las invasiones de los bárbaros cuanto de lo anormal de la situación del mundo por entonces. Espanta recor-